

FIESTA DE LAS CINCO LLAGAS

Abril, 2-1886

Quisiera hoy hablaros de la contemplación de las cinco llagas de Nuestro Señor, en ellas encuentra el alma religiosa mucho fruto y muchas gracias.

Empezaré por la fortaleza y el sostén que comunican en todas las tentaciones. Ya sabéis, tan bien como yo, que existen tentaciones, que se deben huir en el primer momento; son las tentaciones contra la pureza y contra la fe y también, ciertas tentaciones contra la caridad; no quiero decir que en éstas últimas no sea necesario volver sobre ellas para combatir las, pero, en el primer momento en que se siente, bien a

pesar nuestro, una especie de sublevación, hay que darse a la fuga. Pero, ¿dónde huir? Las llagas de Nuestro Señor deben ser nuestro refugio; allí el alma busca una morada y se recoge, alternativamente, en las llagas de sus manos y de sus pies, pero sobre todo, en la llaga de su Corazón; allí debe permanecer escondida al demonio y oculta al mundo, dejando pasar la turbación de este primer oleaje.

No es posible en la vida carecer de esas sublevaciones que turban, por eso os aconsejo huir en el primer momento. Si tenéis tentaciones de ira, de antipatía, y razonáis con vosotras mismas os envolverán las olas.

Son peores y más penosas las tentaciones contra la fe. No reflexionando, se está más seguro de no ofuscarse a sí mismo. Además, se evita exponerse a una fragilidad, a cualquier semiconsentimiento, a una caída. En cambio, en las tentaciones contra la caridad, por el horror que se tiene a pecar, se busca en el momento que aparece la tentación un refugio en las llagas de Nuestro Señor y más tarde en la oración se puede volver a combatir las en presencia de Dios, de Jesús crucificado: adorando siempre sus doloro-

sas llagas. ¡Qué muerte aquella de Nuestro Señor, qué dolores tan acerbos tuvo que soportar! Y sin embargo estaba siempre adorando, siempre amando, siempre orando y sacrificándose siempre.

Frente a Jesús crucificado puede volverse sobre esas tentaciones contra la caridad, pero jamás sobre las tentaciones contra la fe o contra la pureza. Puede volverse a la oración y decir: *He tenido un momento de irritación, de cólera, ¿qué puedo poner en mi corazón para conservar siempre la caridad?* Pero os lo repito, no es en el primer momento cuando podréis hacer esto. Supongamos otra clase de tentaciones, por ejemplo, el desaliento, que es una tentación bastante corriente. Si se pensara en el amor de Cristo y en los tesoros de gracias que salen de sus llagas, ¿cómo podríamos desanimarnos?

Los mártires, las vírgenes, todos aquellos santos que ilustraron la Iglesia salieron de esas benditas llagas. Esa preciosa sangre ha transformado los más grandes pecadores en grandes santos. También ha corrido esa sangre para lavar nuestras almas y comunicarles un valor, una potencia que naturalmente no podrían tener.

sas llagas. ¡Qué muerte aquella de Nuestro Señor, qué dolores tan acerbos tuvo que soportar! Y sin embargo estaba siempre adorando, siempre amando, siempre orando y sacrificándose siempre.

Frente a Jesús crucificado puede volverse sobre esas tentaciones contra la caridad, pero jamás sobre las tentaciones contra la fe o contra la pureza. Puede volverse a la oración y decir: *He tenido un momento de irritación, de cólera, ¿qué puedo poner en mi corazón para conservar siempre la caridad?* Pero os lo repito, no es en el primer momento cuando podréis hacer esto. Supongamos otra clase de tentaciones, por ejemplo, el desaliento, que es una tentación bastante corriente. Si se pensara en el amor de Cristo y en los tesoros de gracias que salen de sus llagas, ¿cómo podríamos desanimarnos?

Los mártires, las vírgenes, todos aquellos santos que ilustraron la Iglesia salieron de esas benditas llagas. Esa preciosa sangre ha transformado los más grandes pecadores en grandes santos. También ha corrido esa sangre para lavar nuestras almas y comunicarles un valor, una potencia que naturalmente no podrían tener.

Cuando así se mira a Jesucristo, poniéndose al pie de la cruz, ¿quién se atreverá a desanimarse?, quién se atreverá a decir a Nuestro Señor: *A pesar de que habéis dado un precio infinito para salvarme, no creo pueda ser suficiente para hacerme mejor. Vos le habéis dado con un amor infinito para salvarme, ese amor que hizo hombres santos de grandes pecadores y yo que no soy una gran pecadora no creo que podáis. Vos hacer de mí algo que se aproxime a cosa buena.*

Todas sabéis y creo haberlo ya dicho, que estando Pío IX en los últimos momentos y viendo acercarse la muerte, dijo angustiado a su confesor: *¡Comparecer delante de Dios, después de haber tenido el cargo de la universalidad de la Iglesia, ¡qué cuenta voy a rendirle! Santo Padre—le respondió el Cardenal— siempre habéis tenido una devoción inmensa a las cinco llagas de Nuestro Señor. ¿Por qué no os refugiáis en ellas?—¡Ah sí!, tenéis razón—dijo el Papa—, os pido perdón de este momento de inquietud y turbación; es necesario que me refugie en esas llagas sagradas, es ahí donde encontraré mi paz, mi salvación, mi esperanza y todo mi bien.* Lo que el

Papa decía en aquella hora podemos decirlo, hermanas, en cualquier hora de nuestra vida.

No os hablaré de otras tentaciones; pero sí os diré, que la contemplación de las llagas de Nuestro Señor produce otros dos resultados admirables: la paciencia y la generosidad. Cuando Nuestro Señor ha sufrido tanto por nosotros, ¿quién tendrá la osadía de impacientarse por dificultades pequeñas? Sé muy bien, que para nosotras no son pequeñas. Decía un personaje santo, que para una hormiga una paja es una viga, y nosotras somos pequeñas hormigas, por eso cada paja nos parece una viga... Es muy duro, muy pesado y difícil de llevar. ¡Es muy cruel, un pequeño desprecio, una contradicción, una abyección! Y, sin embargo, viendo las penalidades de la Iglesia y contemplando las injurias, la traición, los desprecios, todas las penas del alma de Nuestro Divino Redentor, y en su cuerpo los sufrimientos más crueles que pueden soportarse; viendo a Nuestro Señor sufrir todo esto, con generosidad completa, derramando hasta la última gota de su sangre, con amor inmenso, ¿no tendremos también nosotras un poco de paciencia para sufrir cuanto nos viene sin haberlo buscado? Ser generosa es algo más, es darse por completo

con el corazón y con la voluntad: es darse hasta el sacrificio.

Poned en la contemplación de las llagas de Nuestro Señor esas disposiciones de paciencia y de generosidad y viendo en El tanto amor, esforzaos en corresponder también con amor.

Os indico estas consideraciones, pero muchas más encontraréis vosotras a los pies de vuestro crucifijo: adorad con frecuencia las llagas del Salvador; ponéos bajo las efusiones de su sangre y viendo como Cristo os ha amado y se entregó por vosotras, daos también a El, sin reserva, por completo.